

GABRIEL ALZATE

Autor de las novelas
El viajero en el umbral y
Más que un forastero.

Monóculo y leontina

Las calles de New Orleans apasionan y sorprenden en verano o en invierno. Las ventanas de las mansiones sureñas están a medio abrir. Remiten la imaginación a las páginas de las novelas leídas de los autores que vivieron en esta zona y, así mismo, a las antiguas casas donde he pasado largas temporadas. La evocación se extiende como una caricia. Se torna en parpadeo antes de cerrar el libro y descansar.

Una mañana de invierno, entre la niebla, me sorprende un personaje que camina por el pasillo de piedra que conduce a un amplio patio. Sus pasos cortos recuerdan los de un actor dispuesto a decir unas líneas frente a la cámara que lo graba desde la otra acera. El hombre avanza. Detallo el entramado de la enredadera del zaguán, la simetría de las piedras del patio. Calculo la antigüedad de la puerta de madera entreabierta. La mirada en esta ciudad siempre alcanza el detalle escondido tras las ventanas: las cortinas cerradas a medias, la luz de una lámpara sobre un piano, o da de lleno en una escultura en bronce, en una mesa antigua, en un arcón, en la esquina de un cuadro. A veces esa luz ilumina una fotografía. Me dejo tentar por el resplandor interior de las casas. No presto atención a los balcones cubiertos por coloridas buganvillas que penden de los techos y se mecen gracias al viento helado de las mañanas.

Mis ojos recorren el patio: un gato acurrucado en la sombra parpadea y mueve sus bigotes ante el paisaje de luz que llega de afuera; un cuervo grazna en la rama baja del magnolio. Todo lo cubre la añeja constancia del tiempo y la humedad que visten los muros de musgo, su terciopelo verde.

La imagen del hombre se define al surgir de la niebla. A su lado, amparada por la discreta sombra que arroja la puerta, surge la dama que lo acompaña. Cruzan el umbral y toman posesión de la calle. Él va adelante: bombín negro sobre una cabeza cuyos rizos rojos escapan a raudales. Mostacho rojizo. Monóculo en el ojo derecho. Se detiene en la acera y mira a todos lados. Con los dedos índice y pulgar de cada mano acomoda su pantalón morado a rayas grises. Agita la mano derecha y del bolsillo de una impecable camisa blanca que resalta bajo el verde sedoso del chaleco, saca un habano que huele durante un buen rato mientras su acompañante lo mira. Ella gira sobre sus zapatos rojos de afilados tacones, y extiende una mano de dedos largos de uñas esmaltadas de rojo para acariciar la leontina dorada del hombre que se pierde en el bolsillo lateral del chaleco donde reposa el reloj. Sonríe con desgano como si quisiera dejar en claro que, en adelante, todo deberá ser hecho según su voluntad. Luego se aparta para que el hombre encienda el puro y, tomados de la mano, avanzan por la mitad de la calle hasta que la niebla vuelve a cubrirlos camino al malecón que bordea el Mississippi.

Música temprana

Avanzo por New Orleans entre recuerdos de libros leídos y de viajes pasados. Camino por *Pirate's Alley* a un costado de la Saint Louis Cathedral. Me detengo frente a *Faulkner Books*, la librería que he visitado ya no recuerdo cuántas veces. Allí, en el primer piso de la casa, vivió el escritor. Entro porque siempre encuentro algo que llame mi atención aparte de la emoción que despierta en mí contemplar otra vez las primeras ediciones de sus libros. Además, allí siempre hay algún título nuevo, pequeñas obras que siguen editándose: cartas, selecciones de cuentos, fotografías, libros escritos por otros autores acerca del maestro y de la influencia que tuvo en su propia obra.

Ha pasado la hora de mi desayuno. A toda prisa salgo de la librería y dispongo el corazón y el cuerpo para proseguir con el día. Al ocupar mi mesa en el restaurante, ya está todo dispuesto: batería, teclado y contrabajo se encuentran en la tarima de madera y el hombre de la trompeta, que cambia según la canción por un saxofón que apoya a su lado, se sienta en una silla de tijera junto a una columna. Parece una escultura de Botero curtida por la intemperie. Se balancea. Pienso que la silla se irá a pique en segundos. De tanto en tanto el hombre pasa un pañuelo rojo por su frente. Su ejecución arranca aplausos de los comensales. Él, como si nada. Sonríe y luego parece dormir. Más Botero de bronce que nunca. El baterista pasa al teclado, el bajo toma la trompeta. Giran en su espacio como planetas de una galaxia de armonía. Se miran, asienten, ríen, susurran, besan palabras al micrófono.

Los músicos fijan la vista en la entrada del restaurante y hacen una venia al personaje que acaba de entrar. Es un hombre que viste de negro riguroso y lleva en su mano derecha el estuche de un saxofón. Ronda los sesenta años. Se abre camino entre las mesas con ritmo contenido mientras mide, sopea los movimientos de su cuerpo, elige un lugar y se deja caer en una silla frente a la banda. Tiene el cabello canoso ensortijado. Con un movimiento de cabeza responde al saludo de los músicos. El mesero se le acerca, conversan en susurros y sonríen. El hombre de negro lleva camisa blanca cuyos puños aparecen bajo las mangas del saco como si pretendieran envolver las manos. Entre su pelo rizado se advierten vacíos semejantes a estrellas rosadas que anuncian la edad. Es un tipo alto y ancho, de mejillas rosadas y ojos irritados. La huella del traspaso camina con él. A los pocos minutos su semblante cambia cuando el mesero deja en su mesa un *Bloody Mary*. Vaya manera de abrir el día. El hombre acaricia el largo vaso con sus dedos, muerde un trozo de la rama de apio, luego prueba la bebida. Cierra los ojos. Bebe un trago largo.

Foto: Gabriel Alzate



Pausa en el escenario. Murmullos, sonido de platos, de voces que piden una canción. Ir y venir de los meseros que quieren saber si todo va bien en las mesas. Final del *Bloody Mary*. Llega el desayuno. El de negro se santigua, cierra los ojos y se dedica a lo suyo. La música prosigue en el escenario mientras en mi mesa circulan *Po boys* de camarones, huevos poché, ensalada, tostadas, salchichas de *crawfish*, café y té. Al lado, el de negro inclina la cabeza, respira profundo, toma los cubiertos, prueba, degusta, marca el ritmo de la melodía con los pies. Los músicos hacen su versión de *Summertime*, de Gershwin. En New Orleans cada banda tiene su manera de tocar esa melodía: empieza el piano con una lentísima cadencia, es un viento suave que anuncia el arrullo, lo sigue la trompeta; el contrabajo respira hondo, acompasado junto a la batería. El teclado se adelanta con una cadencia lenta. En ese momento el de negro les dice algo y ellos asienten. El contrabajista se echa atrás, ensaya posiciones, baila con su instrumento.

—Ánimo, “Mingus”—dice el de negro y el grupo de músicos suelta una risotada— Abrázala.

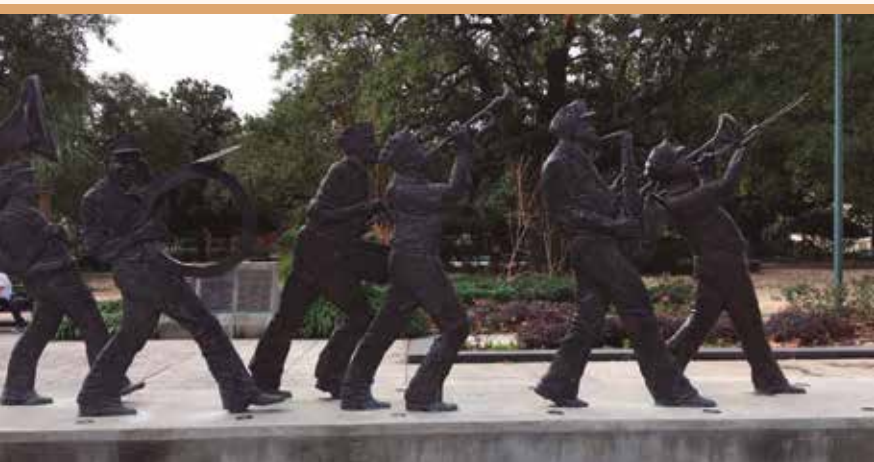
El baile parece extenderse por el escenario aunque ninguno se mueva de su sitio. El contrabajista alto y fornido extiende la mano derecha: pretende acariciar las piernas de su dama y ella lo rehúye en un juego de coquetería. Con la otra mano el hombre pulsa las cuerdas, recorre el diapason de arriba abajo. Sin hacer presión, sus dedos son una constancia de que tanto el instrumento como él existen gracias a la música. Intimidad con la dama, pura caricia.

—Suave, muy suave —dice el hombre desde la mesa. El otro sonrío y mueve el contrabajo atrás y adelante. La sensación de intimidad entre él y el instrumento es total: por la forma de abrazarlo, la dama imaginaria parece de cristal.

El de negro, con un movimiento de sus manos indica algo a los miembros de la banda y estos hacen un giro brusco en su interpretación y cambian de ritmo. Los comensales se mueven en sus sillas sorprendidos, alientan con un batir de palmas al grupo de músicos y olvidan, por un momento los alimentos. Cerca, surcando el Mississippi, la sirena de un barco, convertida en una tuba sonora, se anuncia como si se tratara de un bajo continuo que marca cada frase de la melodía.

—*Bye, Coltrane* —bromea el hombre que acaricia el contrabajo cuando el de negro se apresta a dejar el lugar.

Foto: Gabriel Alzate



Bye, bye

Un viaje tras otro y todavía no alcanzaba a imaginar un invierno en el Sur porque estaba convencido de que solo era posible habitar sus ciudades bajo los veranos en medio de la humedad que avanzaba desde primeras horas de la mañana y consideraba

que era preciso respirar a otro ritmo, acompañar el cuerpo y el corazón a una forma de vida que apenas descubría. Hasta que llegó la lluvia y la temperatura bajó de cero grados; la niebla cambió el panorama que habitaba los recuerdos. Sombras que se deslizan sobre el agua, enormes barcos de carga prosiguen su avance por el Mississippi en lento desfile cubiertos por la niebla, y envueltos en un helado alboroto de gaviotas. Se saludan con su ronca sirena.

En New Orleans, el invierno tiene el tono de las notas bajas de una trompeta: fortaleza y vulnerabilidad en la combinación de lo fugaz de los sonidos con lo eterno de la melodía. Abro la ventana del apartamento en North Rampart y el invierno se encuentra ahí, pegado a los cristales, sobre los rieles del tranvía, y en el abrazo de la niebla a los árboles sin hojas. En las mañanas no es posible ver más que una mancha gris donde uno sabe que está la iglesia de *Jesus the Lord*, o un poco más allá la sede del *Jazz Heritage Festival*: un manto gris se adueña del paisaje. Los árboles parecen la radiografía de sus propias entrañas; la calle es una línea recta trazada con un lápiz oscuro iluminado por momentos gracias al centelleo rojizo que anuncia el paso del tranvía.

El Sur es el saludo de mis vecinos cuando salgo del apartamento, o cuando me ven pasar por la acera y admiran mi mascota; es sonrisa cómplice si alguien besa unos labios en mitad de la calle. Son los mismos que si por ventura ven a alguien pasado de tragos caminar recto, inmerso en esa dignidad soberbia que confiere cierta dosis de alcohol en el cuerpo, le sonrían compasivos meneando la cabeza. “Hasta ahí llega la dignidad, caballero”, parecen decirle. No se mueven. Permanecen sentados en los porches de sus casas en el *French Quarter*: leen un libro, ojean una revista, paladean un café o saborean el primero de los cocteles del día.

Entrada la mañana nos brinda un cielo azul sin nubes. Transparencia de recuerdos y de imágenes; palabras escritas, sonidos fugaces que anidan en la memoria. Calles de piedra, ventanas abiertas, cortinas que ocultan secretos, muebles antiguos y escaleras tapizadas. Lámparas. Silencio. Este hombre que ha aprendido a amar la ciudad jura que volverán a encontrarse algún día junto al Mississippi. ■

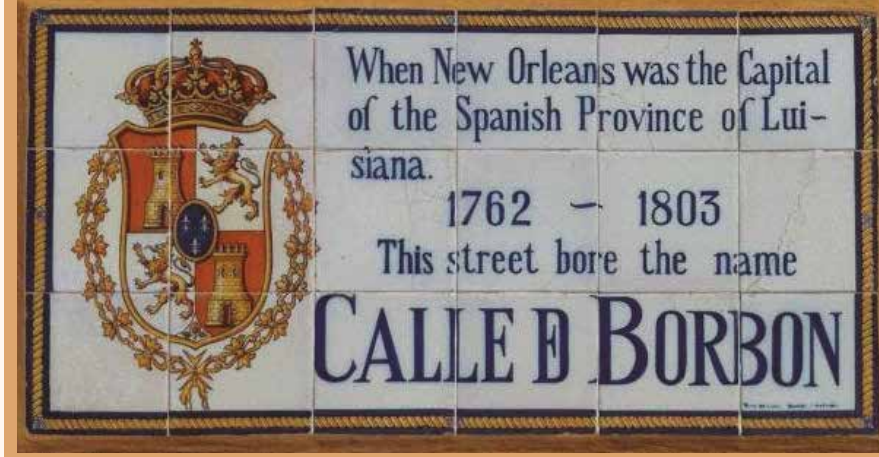


Foto: Cerodosbe